

Rebeca le guió por una escalera estrecha, y sin que nadie los viera, le introdujo en la habitacion en donde estaba Beatriz.

Beatriz y Colon quedaron solos.

Capitulo XXIV.

Dos almas en una.

—Ya veis que vengo á veros como un criminal,— dijo Colon;—es tanta mi desdicha, que el mundo que me niega su amparo para todo, me prohíbe tambien que pueda entrar á la luz del dia en casa de mi protectora.

—Haceis bien; y obedeciendo á sus leyes, que son muy duras, os lo confieso, me habia propuesto no volver á admitiros en mi casa; pero me han dicho que vais á partir, que estais resuelto á abandonar para si empre esta patria que tan poco hospitalaria ha sido para vez, y he sentido tal pena al oír esta resolucion, que aun á riesgo de pasar á vuestros ojos como una mujer débil, os he llamado y os he hecho entrar en mi morada de una manera que no es digna ni de vos ni de mí.

—Os doy las gracias, porque si hubiera tenido que

partir sin veros, hubiera llevado la muerte en mi corazón.

—¿Pero estais resuelto á llevar á cabo vuestro propósito?

—Sí.

—Pensadlo bien.

—Lo he pensado: la fatalidad me persigue; he hallado en vuestro corazón piedad, y sólo he conseguido daros disgustos, á vos que habeis vivido siempre en la tierra como los ángeles en el cielo. Todas las puertas se me han cerrado, hasta las de vuestra compasión, y ya no puedo vivir aquí.

Pronunció con tal tristeza estas palabras, que Beatriz, profundamente conmovida, le tendió su mano, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Pobre amigo mio!

—¿Aun me compadeceis?

—Sí; aún siento en mí bastante afecto para lamentar esa resolución que comprendo y deploro.

—Y sin embargo, yo hubiera podido ser tan feliz, tan feliz... Voy á partir, señora; mañana me alejaré para siempre de este país, que no podré olvidar nunca, porque vivís bajo su cielo. Sed buena, sed generosa conmigo; permitidme que antes de alejarme de vuestro lado os abra mi corazón, os confíe los sentimientos que le llenan. Si me ois, en medio de mis desventuras esto será un consuelo.

—¿Qué vais á decirme?

—Lo que no habeis adivinado, lo que tal vez no podreis sospechar.

—¡Ah! No; callad, callad,—dijo Beatriz.

—¿Me condenais á ese nuevo suplicio?

—¿Y quién os dice que no he leído en vuestros ojos la confesión que vais á hacerme?

—Beatriz!...

—Sí, Colon: por la misma razón de que he adivinado vuestro sentimiento, os he cerrado las puertas de mi casa; por la misma razón estoy resuelta á aconsejaros que partais; porque la dicha que habeis soñado puede convertirse para nosotros en un tormento más atroz, más cruel, más terrible que el que sufrimos.

—Y si habeis conocido mis sentimientos, si conocéis el templo de mi alma, ¿quereis que devore en silencio las lágrimas que pugnan por salir á mis ojos?

Oidme, oidme por piedad.

Cuando yo estaba enfermo en el hospital de Lisboa, cediendo el cansancio, se cerraron mis ojos una noche, y soñé.

Soñé que una mujer angelical, compadecida de mi suerte, me aconsejaba que saliese cuanto antes de Portugal, que buscase en España la realización de mis proyectos. Aquella mujer desapareció de mi vista; pero no puedo olvidar la expresión de su rostro, el fuego de su mirada.

Impulsado por su consejo, abandoné aquella corte, en la que tanto habia sufrido, llegué á España, vine á Córdoba, entré en el templo, y en él os ví por la primera vez. No habia duda; vos érais aquella apa-

ricion sublime que me habia guiado á España; vos érais la que habia pronunciado frases consoladoras, mágico bálsamo para las heridas de mi corazón.

Os apiadásteis de mí, me brindásteis una leal, una desinteresada proteccion; mi alma sintió una viva gratitud hácia vos, y esta gratitud no tardó en convertirse en un afecto más vehemente, más grande. ¿Por qué no he de deciroslo? En un amor eterno, en una pasión que llena mi vida.

Perdonad que el pordiosero de los reyes se haya atrevido á soñar en la ventura de vuestro cariño.

¡Ah!

Si supiérais cuánta felicidad me ha ofrecido la imaginacion con vuestro amor; si supiérais cómo al influjo de vuestra mirada renació en mi pecho la fé, la esperanza; si supiérais los sacrificios que hubiera hecho por hallar eco en vuestro corazón...

Vos érais una dama ilustre; yo un extranjero desvalido. Vos habíais sufrido mucho y habíais cerrado vuestro corazón al amor; yo habia sufrido también, pero necesitaba un amor para consolarme. ¿Qué habia de hacer sino amaros?

Os amé al principio sin esperanza. Era mi amor un purísimo sentimiento; mas tarde se convirtió en pasión, y la pasión es avasalladora.

Despreciadme, aborrecedme; pero al ménos oídme una sola vez, una sola; yo os amo, yo os amo con toda mi alma.

Al decir esto cayó á sus piés, y besando la mano

que Beatriz le abandonó, la cubrió con sus besos y sus lágrimas.

Hubo una pausa.

Beatriz no sabia qué responder.

Estaba conmovida.

Toda su resolución se habia debilitado al influjo de la palabra mágica de Colon.

La pasión, mal adormecida en su pecho, se despertó de nuevo.

Todavía una vez más le recordó su conciencia los deberes que se habia impuesto, las desgracias que le aguardaban si cedía.

Pero la pasión venció á la razón, y después de una breve pausa, con palabras en las que latía su corazón:

—Colon,—le dijo,—no partais, no partais; yo también os amo, y estoy resuelta á sacrificarlo todo á vuestro cariño.

Colon alzó los ojos, los fijó en los de Beatriz, y no dudó de sus palabras.

—¡Dios os bendiga!—exclamó.—Soy vuestro esclavo.

A pesar de la confesion que acababa de hacer Beatriz, se temió y le dijo:

—Ahora, partid, partid: que no sospeche nadie mi debilidad.

—Pero ¿volveré á veros?

—¿Cómo, Dios mio, cómo?

—¡Ah! Si me amáseis como yo os amo, arrostrarais todos los obstáculos.

—Venid á verme como esta noche; necesitamos un confidente que nos ayude: Rebeca lo será.

—¡Oh, sí! Haceis bien; es incapaz de vendernos.

—Pero su padre es necesario que ignore los lazos que nos unen.

—Ella podrá alejarse todas las noches. ¡Oh! No temais; Dios, que ha inspirado nuestro cariño, lo bendicirá; tened como yo fé y esperanza. Siendo mio vuestro afecto, nada me arredra.

—Adios, adios,—dijo Beatriz muy agitada.

—Adios, ídolo mio,—exclamó Colon, besando su mano.

Y se alejó.

—¿Qué es lo que he hecho?—pensó Beatriz.

Y despues de reflexionar un instante:

—No, no puedo vencerme, le amo más que á mi vida.

¡Dios mio, amparadme: sin él la muerte!

Rebeca condujo á Colon por el mismo camino hasta la casa de su padre, que aún no habia vuelto, y le despidió.

Beatriz llamó á su camarista.

—Te he dado una gran prueba de mi afecto,—la dijo.—Sólo tú puedes adivinar la debilidad de mi alma. Nadie me ha visto ceder un sólo instante á los halagos del amor. ¡Ay de tí si me vendes!

—No me conocéis, señora, si dudais de mí; no sólo por la veneracion, por el cariño que os profeso, sino por la gratitud que siente mi alma hácia el sal-

vador de mi padre, seré vuestra esclava, y arriesgaré mi vida por vos.

Beatriz, obedeciendo á esa necesidad que tienen los que creen que delinquen de hallar cómplices:

—¿Y tú nunca has amado?—le preguntó.

—Sí, señora,—exclamó Rebeca, bajando los ojos;—he amado, sí; pero he sido muy desgraciada.

—Yo protegeré tus amores,—dijo Beatriz, queriendo ganar más y más la confianza en el corazón de Rebeca.

—Ya he perdido las esperanzas.

—¿Amais acaso sin ser correspondida?

¡Quién sabe! Yo muchas veces creo que sí.

Rebeca le contó la historia de su amor.

No tenia quince años cuando un soldado, prendado de sus gracias, la requirió de amores.

Este soldado, jóven entonces, valiente, lleno de fé y entusiasmo, lo que habia juzgado como un pasatiempo al principio, llegó á ser para él un verdadero afecto, porque la virtud de Rebeca desarmó sus livianas intenciones.

Los dos se hablaron sin que Isaac losupiera, y en aquellas conversaciones procuraba el soldado apartarla de su secta religiosa, é inclinar su alma hácia el catolicismo.

El soldado tuvo que partir á la guerra, y Rebeca quedó adorando su recuerdo.

La vida militar, las compañías, las aventuras acallaron sus buenos instintos, despertaron los malos, y

cuando volvió, queriendo aprovecharse del amor, que sentía hácia él Rebeca, aspiró á seducirla.

La jóven resistió, y aunque su amante perdió á sus ojos todo el prestigio que habia adquirido, cuando le vió ausente renació en su alma el cariño que le habia profesado.

Rebeca perdió de vista á su amante.

Sola en el mundo, sin madre á quien confiar sus penas, porque la habia perdido al poco tiempo de nacer, reconcentró todo su cariño en su padre, la avaricia que dominaba al anciano desapareció á sus ojos, vió en él la imágen de la Providencia, y dotada como estaba de un alma generosa, capaz de los más grandes sacrificios, amó á su padre con delirio.

Natural era, en vista de eso, que agradeciera á Colon el beneficio que le habia hecho librando á su padre de las garras de la muerte.

Natural era tambien que al apercibirse de que Beatriz era el objeto de la adoracion de su protector y de que ella correspondia á su afecto, se prestase á secundar sus planes.

Natural era en fin que al herir Beatriz una de las fibras más delicadas de su corazon, respondiera contándole la historia de sus amores.

El resultado de aquella conversacion fué que Beatriz convirtió á Rebeca en su cómplice, y que la jóven se dispuso con alma y vida á proteger aquel amor, que haciendo la felicidad de Colon y de su ama, era un consuelo á sus penas amorosas.

Uno de los primeros obstáculos que tenia que ven-

cer Beatriz era el de que Isaac no se enterase de que Colon entraba en su casa.

Nada más fácil que comprar su silencio, porque era avaro; pero Rebeca habia hablado muchas veces con su ama lamentándose de aquella pasion que dominaba al autor de sus dias, y era ofender á la hija sobornar al padre.

Pero Rebeca encontró un medio de alejarle de su casa.

Samuel el curtidor era muy dado al juego, y por las noches reunia á algunos de su tribu para jugar á los dados.

Rebeca aconsejó á su padre que fuera á casa de Samuel, y hasta le dió algunas monedas para que jugase.

Isaac ganó durante algunos dias, y ya no fué preciso más estímulo para él.

Todas las noches salia al anocheecer, precisamente casi al mismo tiempo que Colon se despedia de maese Repulgo, anunciándole que iba á ver á su protector fray Pedro Antunez.

Muchas veces se encontraban los dos en la calle.

Colon entraba en el callejon, é inmediatamente le abria Rebeca la puerta, y no tardaba en hallarse al lado de Beatriz.

El amor llegó en Colon y en Beatriz á ser una necesidad de las más apremiantes de su alma.

Pero por la misma razon de que su amor era sincero, parecia, aun cuando estaban solos, que un ángel velaba á su lado.